

## ALTARES

Un objeto se amplifica, un gesto se amplifica. Alguien se muere al otro lado del espejo, y los retratos como seres escapados de una única tela para expresar el engaño en toda su extensión. La ficción reglamentada de la realidad: la sonrisa que alguien olvidó, la tristeza de quien fue bella; sólo importan a quien no sabe mirar. El rostro como arquetipo, el retrato como fragmento de la memoria, como teatro de la memoria impenitente que se expande y retrocede hasta encontrar la propia escenografía. La mnemónica hermética del Renacimiento ambicionaba lograr un cambio en el psiquismo.

Retratos como altares preparados para descifrar la plegaria. Laberintos donde se agazapan recuerdos de toda laya, retazos de una memoria vasta y devastada. Retratos que rasgan el velo de la belleza para mostrarnos la carnalidad, y la belleza distorsionada del psiquismo. El observador se siente mirado. El retrato no ve pero mira. Retratar adviene un sistema de enunciación.

Sólo cuando la Esfinge interpela a Edipo se alcanza la auténtica medida del retrato interno y externo de la persona; de la madre, de los hijos; y la peste que assolaba Tebas es arrastrada hacia el mar junto a la impenetrabilidad de la Esfinge. Ese es el auténtico retrato, el que obliga a captar al ojo del espectador la mentira más atroz de Edipo y Yocasta, de Fedra e Hipólito, de Otelo y Desdémona, de Clitemnestra y Electra. Es la tragedia, y está y no está en el retrato; es la sensación que produce la Esfinge cuando se dirige al paseante.

Dejó escrito Alejandra Pizarnik que la rebelión es mirar una rosa hasta pulverizarse los ojos, y en los ojos de los altares de Alejandro Häsler existe esa rebelión que ha logrado transmutar la ceniza de la rosa en una rosa viva que se manifiesta ante nuestro asombro con sobrecogedora elocuencia. Una vez más, el retrato es la muerte y no lo es: el alma se escapa ligera del cuerpo.

Retratos como relieves que revelan la intensidad de la emoción y el crepitar del fluir de la sangre. Altares donde experimentar la catarsis cuando hace ya mucho que nos caímos de los coturnos y renunciamos a ser la comparsa del coro y del corifeo. Altares donde leer un código antiquísimo y sagrado: el microcosmos del ser. Altares para signarnos la frente con la ceniza de los días no vividos.

Colores cálidos para vestir de carnalidad el solsticio, para permanecer en la memoria de quienes espían, de quienes escudriñan como gallos de pelea antes de que la sangre sea derramada una vez más. El laberinto que detiene el tiempo. Y de repente, los colores fríos de una lección de anatomía, de una lección de vida, de una lección de muerte. Alguien se muere al otro lado del espejo. Ya no importa quién. La rosa ha sido pulverizada.

Neus Aguado